

Hermes y Clío: el análisis crítico del discurso y la vigencia de la Historia

Jaime O. López de Mesa C.

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Colombia

Uno de los más serios retos que enfrenta la historia como disciplina es el que le plantea el postmodernismo entendido como “un nihilismo teórico combinado con un conformismo práctico” que “rechaza las teorías realistas u objetivas mientras se fascina con los símbolos y los discursos. La realidad es vista como un texto con muchas mediaciones culturales y de poderes que hay que ‘deconstruir’ ante todo” (Archila, 1999: 263).

Con base en la crisis de la modernidad y la crítica a los grandes metarrelatos, los postmodernos niegan la posibilidad de conocer directamente la realidad, más aún de conocer integralmente el mundo. De acuerdo con ellos, debemos conformarnos tan solo con acceder a pequeños fragmentos del mundo y renunciar a la ilusión de conocer los hechos reales del pasado, ya que únicamente podremos acceder a lo que otros nos cuentan de él. De allí que “la verdad como postulado de conocimiento válido es la gran víctima de este ataque postmoderno” (Archila, 1999: 263). Una de las vertientes que abanderan dicho desafío es aquella fundamentada en el “giro lingüístico”¹ nacido entre las fuentes cercanas del postestructuralismo, en las plumas de Foucault y Derrida, para quienes la realidad está construida por el lenguaje.

El desarrollo posterior de estas ideas condujo a sostener que la historia es una creación del historiador, quien lo hace con base en textos que vienen del pasado. De esta forma la historia está enteramente mediada por versiones de terceros, lo cual impediría el acceso a la ‘verdad’² y reemplazaría la causalidad histórica por la problemática de la construcción del texto (Archila, 1999) Este ataque desde el análisis del discurso ha generado, como es obvio, un rechazo por parte de los historiadores, que, con razón, señalan que aceptarlo implicaría la muerte de la historia.

El planteamiento desarrollado en este ensayo, es que dicho ataque proviene tan solo de una vertiente del análisis del discurso y que alternativamente existe una línea analítica del discurso que lejos de renunciar a la búsqueda de la ‘verdad histórica’, y, distante de ser postmoderna, permite esa búsqueda y allana el camino para estudiar los documentos que sirven como fuente al historiador, es decir, los discursos, con base en las herramientas metodológicas que ofrece. Esa línea alternativa es la del Análisis Crítico del Discurso, y se subraya crítico porque es el elemento no solo nominativo sino sustancial, que lo diferencia.

¹ Término creado por Bergman, Gustav (1964). *Meaning & Existence*. The University Wisconsin Press, Massachusetts, y difundido por Rorty, Richard (1967). *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago.

Por lo tanto es posible desarrollar una discusión teórica sobre los aportes que puede brindar el análisis crítico del discurso al estudio de la historia. Se trata entonces, de abordar las dos dimensiones en las que, grosso modo, se relaciona el análisis del discurso con la historiografía. De una parte las correlaciones entre la historia como “relato verdadero”, esto es, las relaciones entre narración e historia. Y de otra parte, el análisis crítico del discurso como método para abordar el análisis histórico.

Esto implica que el ensayo tendrá una doble dimensión: la teórica referente a la discusión que transita por la postura postmoderna pero que tendría su correlato en la concepción del análisis crítico del discurso. Y la metodológica en la cual se plantearán los instrumentos que ofrece el análisis crítico del discurso a las ciencias sociales y su potencial aplicación en el estudio de la historia.

En este orden de ideas la hipótesis a desarrollar es: el análisis crítico del discurso constituye una herramienta que potencialmente puede coadyuvar a salvar las aguas turbulentas del postmodernismo discursivo y ayudar a la historia en la búsqueda de la ‘verdad’ en la reconstrucción del pasado.

Narración e historia

En las ciencias sociales y luego de los acontecimientos limítrofes de época, -los movimientos estudiantiles de 1968, por ejemplo-, que pusieron de manifiesto un creciente inconformismo con la política y la forma de comprender el mundo, se extendió una crisis que llegó a las puertas de la disciplina histórica. Lo que se cuestionó fue la estructura misma de la sociedad, sus principios fundacionales, la modernidad.

La crisis de la modernidad abrió la caja de Pandora y se diseminó una variopinta interpretación de dicha crisis, que gradualmente se decantó en lo que se dio en llamar el postmodernismo, que en realidad es un archipiélago conformado por tendencias diversas, en ocasiones contradictorias, que tienen en común una alergia contra todo aquello que evoque a la modernidad. Si la historia como disciplina había surgido del seno de la modernidad, la crisis de ésta, implicó la de aquella. Se dio entonces un proceso de transformación intelectual y político durante los años 1970, marcado por el surgimiento del radicalismo utópico, y más tarde, en los 1980 con la crisis del socialismo y el renacimiento del subjetivismo. Aparece, por tanto, una nueva visión que sostiene que se ha llegado a una época posterior a la moderna, se estaría en los albores de la postmodernidad.

El “linaje histórico del postmodernismo” (Appleby, 1998: 95) tiene dos referentes. Uno, que se podría llamar distante, se nutre de la filosofía de Nietzsche y de Heidegger, el racionalismo arquitectónico de Le Corbusier y de Mies van der Rohe, el cubismo de Picasso que implicó la quiebra de la imagen en la pintura —aunque habría que señalar que Goya con sus tintillas críticas a los productos abominables de la razón, constituye un antecedente importante en la pintura-, y “a la consolidación de la antropología cultural y de la lingüística como disciplinas emergentes en el ámbito de las ciencias sociales” (Aurell, 2005: 114), y dentro de ésta última Ronald Barthes aportó un espacio teórico.

En el segundo referente, el cercano, están las tendencias postestructurales que significaban una dura crítica contra el estructuralismo dominante durante décadas anteriores. Alimentado por los trabajos de Foucault y

² Verdad se entiende aquí en el sentido de realidad, de hechos reales, su búsqueda supone objetividad.

Derrida, que desarrollaron “la crítica teórica de los supuestos de la modernidad presentes en la filosofía, el arte desde los siglos diecisiete y dieciocho hasta hoy” (Appleby et. al., 1998: 190) En conjunto “el principal objetivo de los posmodernistas ha sido poner en duda las convicciones acerca de la objetividad del saber y la estabilidad del lenguaje”. Por ser una crítica a la modernidad vuelve problemática la creencia en el progreso -tan caro para aquélla- cuestionando la periodización moderna de la historia y al individuo como hacedor y conocedor del mundo, declarando como lo hizo Foucault, la muerte del sujeto, que el concepto de individuo “es un invento de cuño reciente” que debería desaparecer “como un rostro dibujado en la arena al borde del mar” (Appleby et. al., 1998: 191). Se cuestiona el *self* individual, afirmando que es una construcción ideológica y un mito en sociedades liberales, que fundamentan en el concepto de responsabilidad individual su sistema jurídico.

Una crítica a la modernidad requiere de una crítica a la ciencia y a la técnica -parte de su ethos-, y en efecto, los postmodernos emprenden un agresivo ataque a sus cimientos”. Argumentan que las pretensiones de objetividad y verdad de esa ciencia moderna “son parte de una economía intelectual en la que la escasez y la manipulación caracterizan la búsqueda de la verdad, una empresa torturada y atrapada en discursos que son, ellos mismos, el producto de instituciones sesgadas” (Appleby et. al., 1998: 192). De hecho, como mencionan Appleby, Hunt y Jacob, los postmodernos ponen en duda la superioridad del presente, el valor de las visiones globales, de manera que “no habría verdad fuera de la ideología”.

De allí el cuestionamiento a la historia como búsqueda de la verdad, pues siguiendo a Foucault, ellas recuerdan que los postmodernos sostienen que cada sociedad posee su propia política de la verdad. Y si no es posible plegarse a la verdad, tampoco es posible acceder a la realidad, “para ellos, ninguna realidad puede

trascender el discurso que la expresa” (Appleby et. al., 1998: 193), y por consiguiente, para los posmodernos “los eventos, estructuras, y procesos del pasado son indistinguibles de las formas de representación documental, de las apropiaciones conceptuales y políticas y del discurso histórico que ellos construyen” (Joyce et al., 1991: 208).

De hecho, y de nuevo de la mano de Foucault, la única causa coherente “para la formación de discursos es la nietzscheana voluntad de poderío, expresada por lo general a través de instituciones y no tanto de individuos” (Appleby et. al., 1998: 210) y en esencia, no existe ya un discurso original, su itinerario está marcado por discursos anteriores de los que ha tomado elementos con los que se constituye ese ‘nuevo’ discurso, de esta forma, existe un “orden del discurso” (Foucault, 1970: 18-22), en el cual la genealogía del mismo se remonta indefinidamente hacia atrás en el tiempo. A la sazón la historia, como expresión discursiva de ‘hechos’, es en realidad una construcción que obedece a ese orden del discurso. Renace así la preocupación por la forma en que se escribe la historia, y se da paso al problema de la textualidad, a la narrativa como narrativa del final de las narrativas (Jameson, 1996: 12).

Es en 1979 cuando Lawrence Stone publica el ensayo que da partida de nacimiento a ese retorno de la narrativa en la historia, cuando se introduce el giro lingüístico a la historiografía, el cual Palmer denomina el descenso dentro del discurso (Palmer, 1990: 3). Entiende Stone que la diferencia entre la historia estructural -como denomina a la historia anterior- y la historia narrativa tiene dos componentes. De una parte, en esta última existe un acuerdo según el cual la “narrativa es entendida como significado de la organización del material en un orden cronológicamente secuencial y enfocado al contenido dentro de un sencillo relato coherente” y de otra, es que “este acuerdo es más descriptivo que analítico y que su foco central está sobre los hombres no sobre las

circunstancias". Pero se trata de los hombres de a pie, de sus preocupaciones cotidianas (1979: 84). La narrativa es un modo de escribir la historia, que afecta y está afectado por el contenido y por el método. Desarrolla la idea de que la primera causa de ese renacer estriba en la desilusión del modelo de determinismo económico de la explicación histórica y sus tres tipos de "historia científica" (1979: 86-87). Citando a Stone se ha llegado a "el fin de la creencia de que sea posible una explicación científica y coherente de las transformaciones del pasado." (1979: 87-88)

Iggers señala que este retorno de la narrativa está enraizado en "un interés renovado por aquellos aspectos de la existencia humana que no se dejan reducir fácilmente a modelos abstractos" y, en consecuencia esta insistencia "nos retorna hacia una historiografía narrativa que se esfuerza por tener debidamente en cuenta los aspectos subjetivos de la existencia humana" (1998: 59), lo cual no supone un retorno al historicismo clásico, pero sí una valoración pesimista de la historia occidental, unida a una relación paradójica con el marxismo, "de él muchos de los nuevos historiadores e historiadoras adoptan la concepción de que la historiografía posee una función emancipadora" (1998: 61) de las presiones de las que los hombres deben librarse.

Se construye así una teoría historiográfica posmoderna en la que la historia es narración y en la cual "por su propia estructura y sin tener necesidad de invocar la sustancia del contenido, el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica, o para ser más precisos, imaginario, si entendemos por imaginario el lenguaje gracias al cual el enunciante de un discurso [entidad puramente lingüística] 'rellena' el sujeto de la enunciación [entidad psicológica o ideológica]" (Barthes, 1987: 174), y como lo afirma el mismo Barthes, "resulta comprensible que la noción de «hecho» histórico haya suscitado a menudo una cierta desconfianza" (1987: 174). Es por ello que —como lo hace Barthes—

entrecomillan la palabra 'realidad', "para tornar problemático lo que está 'allí' afuera. Para ellos ninguna realidad puede trascender el discurso que la expresa" (Appleby et al., 1998: 193) y por tanto, no puede existir ningún criterio histórico científico de verdad (Iggers, 1998: 96), al fin de cuentas las narrativas históricas son "ficciones verbales cuyos contenidos son tanto inventados como encontrados y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que con las de las ciencias" (White, 2003: 109), y esas narrativas son "no sólo modelos de acontecimientos y procesos pasados, sino también enunciados metafóricos que sugieren una relación de similitud entre dichos acontecimientos y procesos y los tipos de relatos que convencionalmente usamos para dotar a los acontecimientos de nuestras vidas de significados culturalmente reconocidos" (White, 2003: 120).

Incluso se va más allá. Ya no es posible deslindar el contenido de la forma, esa narrativa histórica "no es solo una reproducción de los acontecimientos registrados en ella, sino también un complejo de símbolos que nos señala direcciones para encontrar un icono de la estructura de esos acontecimientos en nuestra tradición literaria" (White, 2003: 120). Sin embargo, este punto de vista y la aserción de que la historia escrita es invención, va más allá de las "reflexiones de Tucídides hasta Natalie Davis, que reconocían las cualidades literarias de la exposición histórica, pero no dudaban que, al mismo tiempo, ésta permitía tomar conocimiento de las realidades humanas" (Iggers, 1998: 97).

Todo este bagaje que remodela la historiografía constituye, en palabras de Cabrera, un nuevo modelo, cuyo ascenso se fundamenta en la noción de discurso, como el cuerpo "coherente de categorías mediante el cual, en una situación histórica dada los individuos aprehenden y conceptualizan la realidad [y, en particular la realidad social] y en función del cual desarrollan su práctica", es decir, por medio del discurso

“los individuos dotan de significado al contexto social y confieren sentido a su relación con él, por el cual se conciben y conforman así mismos como sujetos y agentes y mediante el cual, en consecuencia regulan su práctica social” (2001: 51). Esto da paso a la diferencia básica entre categorías y significados. Y por lo tanto implica una remoción del modelo dicotómico –hasta entonces dominante–, puesto que frente a la idea de objetividad se asumirá la diferenciación entre hechos y objetos, en la que los hechos constituyen la base material sobre la que actúa el discurso con el fin de darles significado, proceso del cual surge una diferenciación que permite el surgimiento de los objetos. También la noción de subjetividad se reformula, “no puede seguir siendo considerada ni como una esfera racional autónoma ni como la expresión del contexto social, sino, más bien, como la depositaria del cúmulo de significados, discursivamente forjados, con que los individuos dotan al mundo social y a su lugar en él y, en particular, de las formas de identidad propias de un determinado imaginario social”. Lo que opera en la práctica con este cambio es que se separa a la subjetividad de la acción racional y de la estructura social lo que explica, precisamente que se “haya puesto en entredicho y abandonado el concepto de cultura, así como el de ideología” (Cabrera, 2001: 60).

Desde su perspectiva se constituye un modelo triádico estructurado por el eje realidad-discurso-conciencia, lo que supone realmente un giro en la concepción de la historia, el cual implica una nueva noción de la acción social, explicada como un efecto del despliegue práctico del discurso, con lo que la eficacia de las acciones tiene una base retórica más que teórica. Se presenta un cambio en la concepción de la experiencia y la construcción significativa de la realidad, “según la nueva historia es el discurso –y no una supuesta estructura social– el que, al delimitar un determinado espacio de enunciación establece las condiciones históricas de emergencia de los objetos” (2001: 79). Surge por lo tanto una relación diferente

entre la visión de la historia y el objeto de su estudio, en el marco en el cual se eleva la crítica al concepto de experiencia, ya que, si los fenómenos sociales no tienen significados intrínsecos, y en consecuencia, los objetos surgen de la construcción discursiva, entonces se hace necesario redefinir la naturaleza de la relación cognitiva entre los individuos y la realidad, es decir toda experiencia del mundo; la cual es “el efecto de una articulación de este y, por consiguiente, los individuos no experimentan, como creía la historia social, sus condiciones sociales de existencia, sino que más bien las construyen significativamente” (2001: 83). Lo esencial en este proceso de redefinición es que la identidad ya no es considerada como una propiedad (natural o social) que el lenguaje designa y trasmite, es ahora una propiedad construida dentro del propio lenguaje, lo que explica que para la nueva historia “el sujeto no es más que una posición discursiva (2001: 121).

Ahora el problema de la construcción efectiva de la realidad se aborda a partir de la discusión de la mediación discursiva, lo que se constituye en un elemento crítico del nuevo paradigma. En éste la sociedad como entidad real sería “no una esfera autónoma dotada de un mecanismo interno de auto reproducción, sino el resultado de la proyección práctica de un cierto patrón discursivo. Es decir, que si las categorías metanarrativas y su imaginario social son los que organizan la práctica significativa de los individuos, entonces son también ellos los que organizan las relaciones sociales en que estos centran y los que producen las condiciones sociales que posteriormente son objeto de aprehensión significativa” (2001: 172).

A esa metanarrativa White la denomina metateoría, la cual debe establecer “sobre las bases metahistóricas las distinciones entre fenómenos meramente ‘naturales’ y fenómenos específicamente ‘históricos’”, (1992: 408) ya que, en el marco de una visión que afirma la imposibilidad de acceder a la realidad histórica,

la definición de lo que es un 'dato' o hecho histórico, se torna problemática. Argumenta que la obra histórica "es una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa" y que además de combinar los 'datos' con conceptos teóricos para 'explicar' esos 'datos', también los combina con "una estructura narrativa para presentarlos como acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados", y sostiene que esas obras "tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie "histórica". Este paradigma funciona como elemento "metahistórico" en todas las obras históricas" (1992: 9).

Siendo la obra histórica una narración, los problemas del historiador pasan a ser otros. Por ejemplo, son los protocolos lingüísticos los que utiliza como operadores mediante los cuales estudia las formas de conciencia histórica, y los caracteriza utilizando "los tropos de la metáfora como tipos básicos de la prefiguración lingüística" en términos de los cuatro modos principales del discurso poético, los cuales determinan los niveles de conceptualización en dichas obras (White, 1992: 405). Para White son cinco: crónica, relato (cuento), modo de tramar, modo de argumentación, y modo de implicación ideológica (1992: 16). De esta forma la historia deviene en obra poética, y su campo "es constituido como un campo de análisis posible en un acto lingüístico de naturaleza tropológica", y los cambios que se presenten en su evolución podrán ser explicados por teorías que "sólo puedan afirmar autoridad como explicaciones de "lo que pasó" en la medida en que estén de acuerdo con el modo lingüístico en que el campo fue prefigurado como posible objeto de percepción mental" (1992: 408-409). Y el lenguaje adecuado sería el lenguaje figurativo de la ironía que "se pliega sobre sí mismo y cuestiona sus propias

posibilidades de distorsionar la percepción. Por eso las caracterizaciones del mundo expresadas en el modo irónico a menudo son vistas como intrínsecamente refinadas y realistas" (1992: 46).

Así planteado, el giro lingüístico en la historia se torna en una postura intelectual que sobrevalora el papel del lenguaje y sobredetermina la función del discurso en la obra histórica. Siguiendo a Palmer, desde la perspectiva del materialismo histórico, se trata de una reificación de la retórica, del lenguaje, de la imaginación (1990: 103), y de una fetichización del discurso. (1990: 86) La postmodernidad en la historia, en sus diversas vertientes, es para él una implosión de la teoría, y por la forma en que ha girado la disciplina desde entonces, encuentra que hay dos errores, uno en el caso de los historiadores que han subestimado las determinaciones de la base económica en el proceso histórico, y el otro el de los teóricos del discurso que reifican el lenguaje y desafían al materialismo histórico en su totalidad. (Palmer, 1990: 214).

Sin embargo encuentra que en autores llamados culturalistas, como Thompson y Williams, existe una tradición con la cual es posible establecer un diálogo entre el materialismo y el discurso, en ellas encuentra, que no han rechazado la noción de determinación, necesaria para la búsqueda de la realidad histórica, y abandonaron la tiranía discursiva, de corte posmoderno, que inhibía el análisis y la acción frente a los centros de poder, o dejaban por fuera la importancia de los asuntos sobre la interpretación de la responsabilidad política. Problemas éstos a los que tiende el análisis del discurso, el cual se planteó en contra del materialismo histórico, negando la capacidad interpretativa de aquel y afirmando la superioridad del discurso, en el cual el lenguaje es reificado, los textos descontextualizados y la política textualizada (Palmer, 1990: 215) En síntesis, el materialismo histórico no tiene dificultad en aceptar la materialidad de los textos y la importancia del discurso. Pero se trata, a

diferencia del texto posmoderno, de incluir el papel de la base económica y del discurso en la construcción de la existencia social.

Spiegel en cambio, anota que el clima crítico actual deja la impresión de la disolución de la historia, de un vuelo de la 'realidad' al lenguaje, visto como el agente constitutivo de la conciencia humana la producción social de significado. En ese giro el texto tiene su lógica, "la lógica social del texto", entendida como un término y un concepto que pretende combinar un simple pero complejo marco, un protocolo, para el análisis del lugar social de un texto -lugar dentro del que está incrustado un ambiente social, del cual es un producto y en el cual éste actúa como un agente- y es su carácter discursivo, como "logos", el cual es así mismo, un artefacto literario compuesto por el lenguaje que demanda un análisis literario formal (1999:18).

Spiegel siguiendo a Saussure, asume que el lenguaje es un contrato social implícito que ofrece a los miembros de la comunidad lingüística usos establecidos, por fuera de los cuales la comunicación y la producción de significado serían imposibles, entonces, el lenguaje es necesariamente un hecho histórico específico para los historiadores (1999: 9). Surge así una problemática para el historiador acerca de su propio lenguaje. Lo cual constituye un aporte positivo de los posmodernos a la disciplina histórica, ya que ha cuestionado viejas visiones que no podían dar cuenta de la relatividad de la obra histórica. Por ejemplo, sostiene que se ha aparecido una ansiedad entre los historiadores acerca del estatus y significado de la palabra realidad, que ha perdido su poder de significado, lo cual es uno de los síntomas del posmodernismo. Y agrega que esto resalta la creciente conciencia de la naturaleza mediadora de la percepción, la cognición y la imaginación, todo lo cual está arbitrado por las estructuras lingüísticas fundidas dentro del discurso (1999: 29), con lo cual todo discurso está inmerso en las aguas de la percepción subjetiva. Por

ejemplo, concluye que la escritura histórica es un poderoso vehículo para la expresión ideológica, que es capaz de direccionar asuntos históricos cruciales, otorgando a la ideología la autoridad y prestigio del pasado, disimulando su estatus ideológico, bajo el manto de contar solamente 'lo que pasó' (1999: 212).

Mark Poster, en una dirección también posmoderna, aunque crítica frente a la interpretación que Spiegel hace de Foucault y Derrida, arguye, en lo que denomina la familia de Lawrence Stone, que ella constituye una dirección de la historiografía, en la cual los historiadores repiensen los parámetros básicos de su marco de trabajo, para recalibrar los registros de sus discursos, reinterpretando el pasado diferencialmente, a la manera de Foucault, para desfamiliarizar y deslegitimizar el presente (1997: 35). Foucault y Derrida son para él críticos materialistas de los textos, la única posición posible para resistir a la figura hegemónica del individuo, porque sólo cuando éste es entendido como una construcción discursiva es quebrada la falsa naturaleza del individuo burgués moderno (1997: 43-44). Sostiene que la importancia de la atención postestructuralista al lenguaje, para la disciplina histórica deriva no tanto del valor lógico de los argumentos de los postestructuralistas o de sus demostraciones y ejemplificaciones, sino más bien de la tendencia hacia la extensión de la textualidad a través del espacio social, de una parte, y de otra, sobre creciente reducción del papel de la agencia, en la esperanza de oscurecer la ideología (1997: 44).

En esa dirección, el autor propone el concepto de modo de información, el cual hace uso de la teoría postestructuralista, porque ha ido más allá de los supuestos acerca de la relación entre lenguaje y acción, que están embebidos en el liberalismo y el marxismo, y porque contiene estrategias interpretativas que son capaces de entender el poderoso efecto de los discursos (1997: 34). En esta concepción la idea de agente se transforma porque los individuos son ahora

sujetos inmersos en una sociedad tecnológica en la que pueden interactuar de múltiples formas. La postura de Poster es entonces, una variante del post estructuralismo que busca reforzar la idea del giro lingüístico hacia la textualidad de los discursos históricos.

En síntesis, el giro lingüístico postmoderno reduce la historia a narración, niega su estatus epistemológico, así como la posibilidad de acceder a la realidad histórica. Ve en los textos el ethos de la obra histórica desplazando la argumentación hacia los problemas de la narrativa y la gramática del texto, y con ello, el lenguaje es su fetiche y el discurso se deifica. Los individuos, los intereses, los hechos de la obra histórica son meras construcciones textuales, poco fiables y generalmente 'inventadas' por el historiador, quien en el uso de su pluma, transmite sus intereses ideológicos sin ninguna objetividad científica. La ideología emerge como el sustrato único del texto histórico, por lo que hay que deslegitimizarlo para deconstruirlo. Para ello, sostienen, es necesario tener en cuenta que la cognición, la producción de significados, la interpretación, subyacentes al discurso, siempre están mediados por el lenguaje. Limitan poderosamente el concepto mismo de discurso, y no pocas veces lo confunden con el lenguaje, narración o texto.

Frente a esta postura reduccionista de la historia y del discurso, existe una alternativa para abordar el estudio de la historia, desde una perspectiva crítica, no reduccionista ni fetichista del discurso, que permite tener en cuenta algunos elementos válidos del llamado de atención posmoderno, como el papel del discurso en el conocimiento de los acontecimientos considerados dignos de analizar, o el de la cognición, la interpretación y la ideología. Pero vistos en la dimensión discursiva, no como los

elementos unívocos que determinan por sí solos los acontecimientos de que se ocupa el historiador, sino como componentes de un todo histórico. Esa alternativa es el Análisis Crítico del Discurso.

Análisis crítico del discurso

El Análisis Crítico del Discurso es una rama del análisis del discurso³. Éste último posee tres dimensiones⁴. La primera es el discurso como texto, que se centra en las características concretas del texto. La segunda es la del discurso como práctica discursiva, en la que el vocabulario, la gramática, la cohesión, la estructura del texto y la intertextualidad reciben especial atención. Y la tercera es la del discurso como práctica social, en donde se inscribe el Análisis Crítico del Discurso, y en la que el uso y abuso del poder, los procesos hegemónicos y contra-hegemónicos, así como los cambios en el ejercicio del poder, son vistos de manera discursiva. Una tipología del análisis del discurso se expone en la Tabla I, elaborada con base en la propuesta de la profesora Neyla Pardo (2002: 13-20), quien a su vez parte del trabajo de Charaudeau y lo enriquece.

Así surge, al final de la década de 1980, a partir de los estudios de Norman Fairclough, Teun van Dijk, Ruth Wodak, entre otros, el Análisis Crítico del Discurso, como "una aproximación multidisciplinaria que integra teorías y métodos capaces de contribuir a la explicación e interpretación de la injusticia y la desigualdad social mediante la comprensión del lenguaje, de su uso, del discurso" (Pardo, 2002: 20) para dar paso a discursos alternativos, y que "como campo de investigación pertenece y contribuye a la nueva ola de interés crítico por el lenguaje en la sociedad contemporánea, pero

³ Se atribuye a Zellig S. Harris la fundación del análisis del discurso en su trabajo seminal (1952: Jan. - Mar.). "Discourse Analysis", *Language*, 28.1.

⁴ Un desarrollo más detallado de estas dimensiones se encuentra en Jan Blommaert y Chris Bulcaen (2000). "Critical Discourse Analysis", *Annual Review of Anthropology*, 29.

Tabla I: Teorías del Discurso

Teorías	Perspectiva analítica	Variantes	Características específicas	Autores relevantes
Teorías cognitivas del discurso	Concentra el estudio en el conjunto de operaciones y procesos que ocurren al producir y comprender un acto de lenguaje	Mentalista Sociocultural	Estudia la relación entre estructuras mentales y estructuras lingüísticas Busca plantear la forma en que los procesos cognitivos se articulan al proceso de significación	Dan Sperber y D. Wilson (1994) Schank y Abelson (1987) Van Dijk (1977) Billig (1991) Potter y Wetherell (1987; 1990)
Análisis comunicacional	Busca referir los factores constitutivos de la situación espaciotemporal en la que la comunicación se presenta -como hecho discursivo- con el conjunto de las condiciones que lo hacen posible	Variacionista Sociolingüística funcional Etnografía de la comunicación Investigación interaccional	La variedad lingüística explica la existencia de comunidades diferentes que hacen uso de lenguas distintas Se concentra en explicar el carácter contextual del habla e integra sus significados a funciones concretas del contexto social La estructura lingüística y los factores sociales se correlacionan y determinan entre sí. Buscan crear un método parapara el análisis del habla cotidiana El análisis de las interacciones verbales se entronca con a significados simbólicos. Análisis conversacional	W. Labov (1966; 1996) Con influencias de Malinowski y Firth (1957) Halliday (1973) B. Berstein (1971) Dell Hymes y J. Gumperz (1971; 1974) Joel Shezer (1990) Alessandro Duranti (1997) Gumperz (1982) Goffman (1981) Schiffrin (1987) Antaki (1988)
Posición interpretativa o hermenéutica	El Análisis Crítico del Discurso La actividad cognitiva humana facilita que los grupos sociales interactúen discursivamente haciendo recurriendo a formas de racionalidad, de explicación, de justificación en torno a su realidad y a la de otros	Diversas Variantes según el énfasis en las variables del acto discursivo o de su contexto Ver Tabla II	Ver Tabla II	Van Dijk (2000) Fairclough (1989) Robert de Beaugrande (2002) Luisa Martin Rojo (1998) Irene Vasilachis (1997) Ruth Woudak (1990)

también se nutre de ella”(Fairclough, 2001: 368), y en el cual el discurso “es una dimensión crucial e irreductible del proceso de cambio social” (Fairclough, 2005: 41).

Elaborada con base en la propuesta de la profesora Pardo, Neyla (2002). “El análisis del discurso en las ciencias sociales”. *Curso internacional Análisis del discurso en las ciencias sociales, la cultura y el territorio*. Memorias. Bogotá. Instituto Caro y Cuervo - Universidad Nacional. p. 13-20.

Para Fairclough, dentro del análisis crítico del discurso en las sociedades contemporáneas, el discurso tiene además, las siguientes características (2004). El discurso es un elemento de todos los procesos sociales. La relación entre estructuras sociales abstractas y eventos sociales concretos está mediada por prácticas sociales. Cada uno de esos niveles tiene un elemento lingüístico / semiótico. Las Prácticas y eventos sociales son constituidos como articulaciones de elementos relacionados dialécticamente, incluido el discurso. El discurso figura en tres de las principales formas de prácticas sociales: los discursos como tales, los géneros de interacción y los estilos de ser –o identidades-. Las prácticas sociales son articuladas dentro de redes, las cuales constituyen campos sociales, instituciones y organizaciones. Un orden del discurso es una estructuración social de diferencia lingüística / semiótica, la cual es constituida como una articulación relativamente estable de discursos, géneros y estilos. El cambio social incluye cambios en las estructuras sociales, en las prácticas sociales y en los eventos. El cambio en las prácticas sociales afecta la forma cómo los elementos son articulados con las prácticas, cómo las prácticas son articuladas en las redes, y cómo los discursos, géneros y estilos son articulados a la vez en los órdenes del discurso. El cambio social en los países, organizaciones, etc., a menudo es iniciado con nuevos discursos.

Además de tratarse de una concepción diferenciada del conjunto general del análisis del discurso, es una propuesta metodológica que permite abordar una interpretación del discurso “como una forma de práctica social”, la cual “sugiere una relación dialéctica entre un suceso discursivo particular y las situaciones, instituciones y las estructuras sociales que lo enmarcan” (Fairclough et al., 2001: 367), es un proceso de acción e interacción en la sociedad (Van Dijk, 2000: 37-40). Es, en palabras de Norman Fairclough, “un análisis de las relaciones dialécticas entre el discurso [incluyendo

el lenguaje, pero también otras formas de semiosis, por ejemplo, el lenguaje del cuerpo o las imágenes visuales] y otros elementos de las prácticas sociales” (2001: 231).

Así visto, el análisis crítico del discurso “puede entenderse como una reacción contra los paradigmas formales [a menudo ‘asociales’ o ‘acríticos’] dominantes en los años sesenta y setenta” en las ciencias sociales. Constituye un tipo de investigación analítica sobre el discurso “que estudia primariamente el modo en que el abuso del poder social, el dominio y la desigualdad son practicados, reproducidos y ocasionalmente combatidos, por los textos y el habla en el contexto social y político. El análisis crítico del discurso, con tan peculiar investigación, toma explícitamente partido, y espera contribuir de manera efectiva a la resistencia contra la desigualdad social” (Van Dijk, 1999: 23).

Así pues, la crítica a la que se hace referencia se trata de la vigilancia y autocrítica profesionales, y a que “los investigadores críticos no se contentan con ser conscientes de la implicación social de su actividad [...] sino que asumen posiciones explícitas en los asuntos y combates sociales y políticos” (Van Dijk, 1999: 23-24). La aspiración es la de producir conocimiento y opiniones, así como comprometerse en prácticas profesionales que aporten a los procesos de cambio político y social y que apoyen la resistencia contra el dominio social y la desigualdad. Esto no es óbice, para que el análisis crítico del discurso posea herramientas metodológicas que conduzcan a resultados “científicos” en el sentido de analizar el objeto de estudio en todas sus facetas y dimensiones de manera que le permita acercarse a la realidad histórica.

En su desarrollo el análisis crítico del discurso ha formulado unos principios básicos que orientan sus investigaciones, a saber: trata de problemas sociales, las relaciones de poder son

discursivas, el discurso constituye la sociedad y la cultura, el discurso hace un trabajo ideológico, el discurso es histórico, el enlace entre el texto y la sociedad es mediato, el análisis del discurso es interpretativo y explicativo, y, el discurso es una forma de acción social (Fairclough et al., 2001: 387-399). Dichos principios se articulan en lo que Fairclough denomina los cuatro momentos dentro de la dialéctica del discurso (2005: 42). *Emergencia*: la traslación, condensación y simplificación de realidades complejas dentro del discurso. *Hegemonía*: relaciones de contestación entre discursos, como parte de las relaciones de contestación entre estrategias y entre grupos

de agentes sociales, los cuales pueden liderar un discurso particular (y una estrategia) el cual deviene hegemónico. *Recontextualización*: la difusión de discursos a través de fronteras estructurales y el escalamiento de dichas fronteras. *Operacionalización*: la emisión de discursos como nuevas formas de interacción, su inculcación como nuevas formas de ser, o nuevas identidades, su materialización en características del mundo físico.

El análisis crítico del discurso posee a su vez diversos enfoques que enfatizan en tal o cual punto. Por ejemplo, Van Dijk otorga especial importancia al papel de la ideología en la

Tabla II: Enfoques del análisis crítico del discurso

Enfoques	Perspectiva analítica	Lugar de origen	El texto y el discurso	Autores representativos
Escuela Francesa	El análisis del discurso es el de la dimensión ideológica del uso del lenguaje y de la manifestación de ésta en el lenguaje	Francia, fines de la década de 1970 y años 80's	El discurso es el "lugar de encuentro del lenguaje y la ideología"	Con la influencia de Althusser y Foucault : Pêcheux (1998), Maingueneau (1987)
Lingüística crítica	Las características gramaticales de un texto son elecciones significativas dentro de las diferentes alternativas disponibles de los sistemas gramaticales. La gramática funciona ideológicamente	Gran Bretaña década de 1970	Los textos se transforman en otros textos, lo cual es significativo en términos ideológicos	Influidos por la teoría sistémica de Halliday (1978; 1985): Fowler y Krees (1979) Krees y Hodge (1979) Krees (1985)
Semiótica social	Estudia métodos de análisis a las imágenes visuales. Atiende a las prácticas de producción e interpretación de los diferentes tipos de texto y a los textos per se	Gran Bretaña Holanda Desde los años 90's	Carácter multi-semiótico de muchos de los textos de la sociedad contemporánea.	Con influencias de la lingüística crítica: Hodge y Crees (1988) Crees y Van Leewen (1990) Fairclough (1992) Lemke (1995) Thibault (1991)

Cambio sociocultural y cambio en el discurso	Estudio de las relaciones entre el cambio cultural y el cambio en el discurso	Gran Bretaña Desde los años 90's	El cambio en el discurso en términos de la combinación entre discurso y géneros dentro de un texto	Fairclough (1989; 1992; 1994)
Estudios sociocognitivos	Combinación de análisis cualitativos y cuantitativos. Estudio del abuso del poder y la reproducción de la desigualdad por medio de la ideología La cognición es el eslabón perdido en los estudios del discurso	Holanda Década de 1980	Da importancia al papel de la cognición en el diseño, emisión, recepción e interpretación del discurso. No hay una relación directa entre las estructuras del discurso y las estructuras sociales	Van Dijk (1980; 1985; 1987; 1991)
Método histórico discursivo	Buscan integrar sistemáticamente la información disponible del contexto al análisis e interpretación de las muchas franjas que constituyen un texto	Austria Desde mediados de los años 80's	Con base en el enfoque socio cognitivo de Van Dijk, suponen la existencia de esquemas importantes en la producción y comprensión del texto. El prejuicio juega un papel clave en el discurso y el análisis de éste permite evidenciarlos	Influenciados por Van Dijk y la crítica de Habermas a la lingüística formal: Wodak (1975; 1986) Wodak y Matouschek (1993) Wodak y Lutz (1987) Wodak y Menz (1990) Matouschek et. Al. (1995)
Análisis de la lectura	El contexto histórico social es determinante en el estudio del discurso (político). Las dimensiones histórica y hermenéutica son básicas para ese análisis del contexto	Alemania Década de lo 80's	Define el discurso "como formas lingüísticas en correlación con prácticas sociales que deben ser investigadas sociológica e históricamente" El	A partir de Foucault Utz Maas (1984; 1985; 1989)

Elaborada con base en Norman Fairclough y Ruth Wodak (2001). "Análisis crítico del discurso". *El discurso como interacción social* (comp.) Teun A. Van Dijk. Barcelona: Gedisa p. 373-380.

construcción de los discursos, mientras que Fairclough la entiende como un componente más del análisis discursivo (Fairclough et al., 2001: 371). En la Tabla I, con base en lo expuesto por Norman Fairclough, y Ruth Wodak (2001) se sintetizan las características de los enfoques más importantes del análisis crítico del discurso.

Análisis crítico del discurso e Historia

Son diversos los aspectos que relacionan directamente el Análisis Crítico del Discurso con la Historia. Dado que una de las preocupaciones reiteradas en los estudios históricos —en la historia política en especial— es la problemática del poder y la dominación, emplear la aproximación metodológica del análisis crítico del discurso representa una ventaja ya que, como se ha mencionado, dicho análisis está relacionado con el poder y sus abusos, y para ello se enfoca “en los grupos e instituciones dominantes y en la forma en que estos crean y mantienen la desigualdad social por medio de la comunicación y el uso de la lengua. También centra su atención en la forma en la que los grupos dominados se resisten y oponen discursivamente a dicha dominación” (Van Dijk, 2004: 8) y para abordar esta tarea ofrece instrumentos metodológicos que están a disposición del historiador.

Un elemento de especial interés es el papel del contexto, tanto en el análisis histórico como en el análisis crítico del discurso. Por su importancia detengámonos a examinarlo.

En el estudio de la historia el contexto es fundamental. Por ejemplo, Jürgen Kocka al plantear las características del método comparativo en historia, menciona al contexto como uno de los tres principios de la disciplina histórica junto con la proximidad a las fuentes

y la continuidad. (2003: 39). Y en otro lugar plantea que un elemento distintivo de dicha comparación es que ésta “se distingue específicamente por analizar sus objetos de estudio en un contexto, es decir, como momentos (o partes) de procesos de cambio diacrónicos, por un lado, y de relaciones sincrónicas, por otro (2002: 44). El contexto en el estudio de la historia es particularmente importante, puesto que los cambios están inmersos, en diferentes contextos, nacionales, internacionales, lingüísticos, religiosos, sociales, etc., sin los cuales los hechos no tienen asidero histórico posible. De hecho muchos de los mejores trabajos históricos están constituidos en buena medida por un equilibrio entre el hecho analizado y el contexto en el que ocurrió.

El contexto también es importante en el análisis crítico del discurso, en éste se tiene en cuenta el papel central del ambiente mediato e inmediato en el que se produce el discurso y en el que tiene sus efectos, es decir, el *texto* y el *contexto*. El texto hace referencia al discurso mismo, y también al sustrato social, político, científico o teórico, con el cual se busca legitimar una decisión, acto o política. El contexto dice relación con el proceso histórico en el que surge el discurso como interacción social, como actos situados en un espacio y en un tiempo definidos, “es la caracterización de esta situación de interacción del habla” (Van Dijk, 1998: 272), el contexto es una “secuencia de mundos-estados” que cambian continuamente, “es un transcurso de sucesos” (Van Dijk, 1998: 274).

Al igual que el historiador, el analista del discurso enfrenta problemas similares en la delimitación del contexto. No todo lo que rodea a un hecho objeto de análisis histórico, como no todo lo que rodea al discurso, constituye el contexto. Como lo señala Katherine Young, no todo el medio circundante es contexto, éste

se define como “los eventos inmediatamente disponibles, los cuales son compatibles con un marco de análisis e incompatibles con otros marcos”, lo cual permite excluir el ‘ruido’ y separarlo del verdadero contexto (1985: 116).

Por lo tanto, el contexto constituye un punto de intersección particularmente interesante entre historia y análisis crítico del discurso, que demanda ser estudiado con mayor detalle.

Otro elemento de particular interés que relaciona estas dos dimensiones de conocimiento, es el de la *interpretación*. Marc Bloch al explicar las fases del método comparativo en historia (1999: 121), anota que una vez superada la etapa de descubrimiento del fenómeno a comparar, ese segundo momento es el de la interpretación. Por su parte es la interpretación uno de los objetivos centrales del análisis crítico del discurso, que busca develar el sentido implícito en los discursos, interpretar los intereses que subyacen tras él, identificar las ideologías que dominan así como las contra hegemónicas, que subyacen tras el discurso.

Otro espacio común entre el estudio de la historia y el de los textos y el discurso, es el de la comprensión. Es Paul Ricœur quien lo ha subrayado. Partiendo de la premisa de que la historia “es un tipo de relato, un relato verdadero en comparación con los relatos míticos o con los relatos ficticios”, la historia se refiere “a las acciones de los hombres en el pasado” (2002: 163) y una tarea del historiador es explicar para permitir comprender dichas acciones. Para Ricœur “la comprensión histórica en la que se incorpora la explicación pone en juego una competencia específica, la competencia para seguir una historia, en el sentido de una historia que se relata” (2002: 166), pero seguir la historia es “comprender una sucesión de acciones, pensamientos, sentimientos que presentan a la vez cierta dirección pero también sorpresas” y ésta es la comprensión “básica sin la cual no habría ni narración, ni historia, ni

story, ni history” (2002: 166). De allí que “una teoría que basa la comprensión en el elemento narrativo permite dar cuenta mejor del paso de la comprensión a la explicación” en el análisis histórico, sin caer en la reificación de la narración en ese proceso, ni en infravalorar la historia hasta reducirla simple relato ficticio fruto del historiador.

Existen por supuesto otras categorías analíticas importantes que representan problemáticas comunes a ambos tipos de estudios. Una de ellas, fundamenta en la orilla de la historia, y básica en la orilla del análisis crítico del discurso, es la ideología. El desarrollo de esta discusión sobrepasa los límites de este ensayo. Basta por ahora con dejar sentada constancia de la importancia de dicho elemento.

Reflexiones finales

El análisis crítico del discurso aplicado en los estudios históricos puede constituirse en una forma efectiva para enfrentar el reto que le plantea el postmodernismo. De un lado, desde una perspectiva metodológica existen diversos puntos comunes entre éste y la historia: la interpretación del acontecimiento documentado, el establecimiento de relaciones entre los objetos estudiados, el papel central del texto y el contexto, al igual que el de la interpretación, son ejemplos de ello.

De otro lado, desde la óptica teórica, el análisis crítico del discurso supera la visión fetichista del lenguaje, lo estudia en la dimensión que le corresponde como vehículo de las ideas, sin sobredimensionarlo, y distingue claramente las relaciones entre lenguaje y discurso. Éste último es visto, no como una producción neutral –al estilo de la vieja historia-, ni como el fin en sí mismo de la producción histórica –al estilo postmoderno-. Es tratado sí, como una acción social que produce efectos y que a

la vez es influenciado desde la sociedad, así, es producto de ella y no una instancia por encima de ella, como es visto en las vertientes que lo defican.

Desde ésta óptica, el análisis crítico del discurso puede contribuir eficazmente, tanto en sus aportes teóricos como metodológicos, al anhelo —expresado por Bryan Palmer—, de encontrar un diálogo fructífero entre el estudio del discurso —su papel en la obra histórica— y el materialismo histórico. De hecho, en el análisis crítico del discurso éste es visto más desde la arena de su producción e interacción con la sociedad, y menos en la forma reducida del postestructuralismo, que lo ubica tan solo en la dimensión de su producción por parte del historiador.

Bibliografía

- Appleby Joyce; Lynn Hunt; Margaret Jacob (1998). *La verdad sobre la historia*. Barcelona. Editorial Andrés Bello.
- Archila, Mauricio (1999). "¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (nueva) Historia Cultural". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. n° 26. Bogotá.
- Barthes, Roland (1987). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona. Ediciones Paidós.
- Cabrera, M. (2001). *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Valencia. Frònesis.
- Condor, Susan y Antaki, Charles (2000). "Cognición social y discurso". Van Dijk, Teun A (comp.) *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona. Gedisa editorial.
- Fairclough, Norman y Ruth Wodak (2001). "Análisis crítico del discurso". Van Dijk, Teun A (comp.). *El discurso como interacción social*. Barcelona. Gedisa Editorial.
- Fairclough, Norman (2001). *The dialectics of discourse*. Textus. XIV. 2.
- Fairclough, Norman (2005). *Blair's contribution to elaborating a new 'Doctrine of International Community'*, *Journal of Language and Politics* 4: 1.
- Fairclough, Norman "Discourse in processes of social change: 'transition' in Central and Eastern Europe". *En prensa: British and American Studies*. Alojado en: www.ling.lancs.ac.uk/staff/norman/norman.htm
- Foucault, Michel (1970: diciembre 2). *El orden del discurso*. Lección inaugural en el Collège de France. <http://textospsi.galeon.com/foucault3.html>
- Hayden White (1992). *Metahistoria*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Iggers, Georg G. (1998). *La ciencia histórica en el siglo XX: las tendencias actuales, una visión panorámica y crítica del debate internacional*. Barcelona. Idea Books.
- Jameson, Frederic (1996). *Teoría de la Postmodernidad*. Madrid. Editorial Trotta.
- Joyce, Patrick and Kelly, Catriona (1991). *History and Post-Modernism. Past and Present*.
- Kocka, Jürgen (2002). *Historia social y conciencia histórica*. Madrid. Marcial Pons.
- Kocka, Jürgen (2003). *Comparison and beyond*. *History and Theory* 42.
- Bloch, Marc (1999). *A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas. Historia e historiadores*. Madrid. Ediciones Akal.
- Palmer, Bryan (1990). *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*. Philadelphia. Temple University Press.
- Ricœur, Paul (2002). *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Spiegel, G. (1999). *The Past as Text*. Johns Hopkins University Press.

Stone, Lawrence (1979). *The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History*. Past and Present 85.

Van Dijk, Teun A (1998). *Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso*. Madrid. Cátedra.

Van Dijk, Teun A (1999). "El análisis crítico del discurso", *Anthropos*. n° 186.

Van Dijk, Teun A (2000). *El estudio del discurso. El discurso como estructura y proceso*. Van Dijk, Teun A (comp.). Barcelona. Gedisa editorial.

Van Dijk, Teun A. (2004: febrero 17). "Discurso y dominación. 25 años de análisis crítico del discurso. Lección inaugural de la Facultad de Ciencias Humanas". *Grandes conferencias en la Facultad de Ciencias Humanas*. n° 4 Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.

White, Hayden (2003). *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona. Ediciones Paidós.

Young, Catherine (1985). *The notion of context*. Western Folklore 44.2.